



MONTERREY, N.L. DOMINGO 13 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Julián Guajardo

LOS SUPPLICANTES

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Mi corazón está conectado a un arroyo seco, por donde fluye humo espeso: la vacía necesidad de reconocimiento, de amor que, a veces, uno no se puede dar a sí mismo. Mis labios se humedecen con sangre dilatada, que brota del dolor del trabajo diario, que nadie ve, pero con el que busco alcanzar mis sueños, para llenar la falta de amor en el mundo. ¡Ay, de todos nosotros los que nos damos cuenta de nuestro andar descalzo en el ardiente asfalto regiomontano, de nuestra insaciable sed que intentamos apaciguar bebiendo a sorbos, agua del río seco!

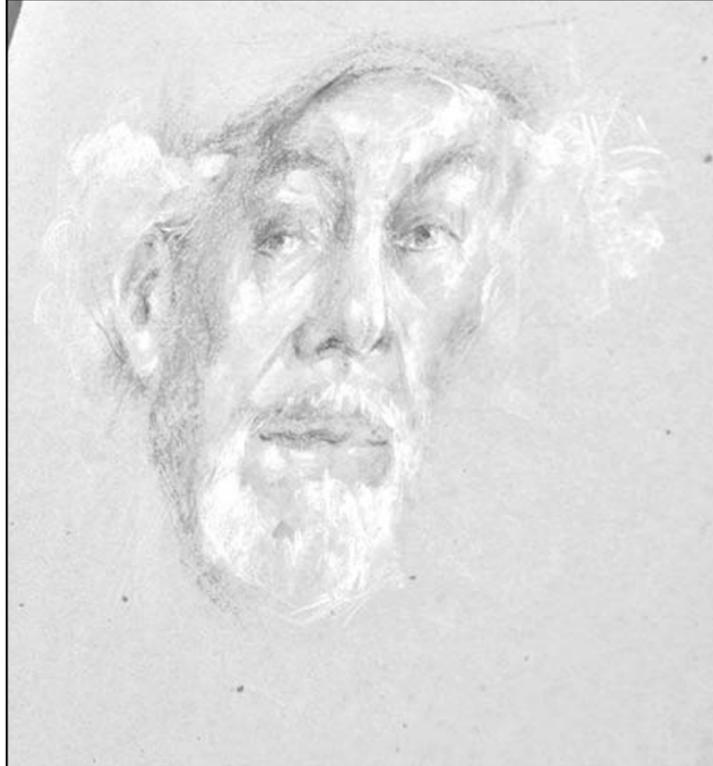
A Julián Guajardo lo conocí en persona hace seis años, en una reunión de un partido político que, por aquel entonces, apenas se formaba y comenzaba a atraer a artistas y a intelectuales de izquierda: no muchos, en el asfalto que rodea al Cerro de la Silla. Yo no tenía intenciones de asistir al mitin, pero mi padre me convenció para que lo acompañara cuando me dijo: Ahí va a estar Julián Guajardo, el Director de Teatro.

Yo había escuchado su nombre por primera vez veinticinco años atrás, en tiempos de la carrera de música. Un compañero que estudiaba piano y quien también actuaba, y que había hecho algún papel en el Teatro de la Ciudad, lo conocía. Fue por aquel entonces, con la energía típica de juventud e inspirado por un viaje de varios días que había realizado al pueblo de Agualeguas con un par de amigas y otro amigo, que escribí una obra de teatro en un acto. El tema: el viaje poético y suicida de tres conocidos personajes del arte: La Gioconda, Fausto y Gregorio Samsa.

Cuando terminé, la obra me la leyó un conocido literato regiomontano. Recibí sus buenos comentarios: gentiles, y la archivé. Pero cuando supe que iba a poder platicar con Julián Guajardo, un hombre de teatro, veinticinco años después, me dirigí inmediatamente a mi archivero metálico de aquel entonces en casa de mis padres, y la busqué como quien busca oro en California. hasta que se encuentra: aún legible la tinta azul de su escritura a mano en hojas blancas papel bond.

A la reunión de aquel partido, que se celebraría en el patio del despacho de un amigo abogado de mi padre, había que llegar con una bebida de alcohol. Mi padre, despistado sobre el asunto y yo, llegamos sin nada. Su colega le entregó una botella en la mano para que ingresara al patio con ella y la dejara en la mesa de centro. Llegamos justo a tiempo para el discurso de quince minutos, la foto oficial y el inicio de la tamalada.

Cuando vi que Julián Guajardo había terminado de comer, me le acerqué para conversar. Resultó ser un hombre sumamente afable y dispuesto a escuchar. Hablamos sobre su trabajo en los noventa del siglo pasado, que era el que yo había conocido, sobre los colores del cielo de esa tarde, y él platicaba con entusiasmo sobre su buena relación con su hija. Finalmente le confesé de mi obra de teatro de los dieciséis años y él, con admirable cortesía, me dijo que la leería.



Días después regresé a la Ciudad de México con el manuscrito en la maleta. Lo transcribí a la computadora y me fue evidente que requería edición. Traté de editar la obra sin dañar mucho el espíritu de juventud con que había sido escrita. "Mándesela a mi hija, estos son su correo y su número telefónico", me había dicho el Maestro Guajardo. A las pocas semanas tuve listo el texto. Ella se lo imprimió a él.

Cuando hablé con el Maestro Guajardo por teléfono, lo primero que me preguntó fue: ¿Está pensando en producirla? Le dije que no. "Mire, acá en Monterrey, la gente solo va a ver a la Nena Delgado. Con este lenguaje tan poético en su obra, a muy poca gente le interesaría. Se la mostré a un amigo, y lo mismo opina". Aunque Julián Guajardo no me entusiasmó sobre los alcances comerciales de mi pieza de juventud, me alagó el hecho de que la hubiera recibido en sus manos, que la hubiese leído, y que incluso se la hubiese mostrado a alguien más.

Un par de años más tarde, terminé trabajando con gente de teatro, y editando cerca de seiscientos monólogos representados en escena por un actor. Aprendí tantas cosas que, con la partida de Julián Guajardo, se me han vuelto como arcilla que se me quiere secar entre las manos. Platicando con mis amigos, me dan ganas de realizar una reunión de Zoom con ellos, para que cada uno le hablemos al Maestro Guajardo, que le consultemos lo aprendido y que en sueños nos revele, lo que él piensa.

Tal vez diría: "¡Anime a sus actores a ir a terapia! Si el actor tiene problemas para mostrar aspectos de sí mismo fuera del escenario, tendrá mayores problemas para expresarse ahí. Es

que aprender a actuar requiere encontrarse, para luego liberarse. Porque, ¿qué nos impide a actuar? El temor a hacer el ridículo, el temor al rechazo, al fracaso, a violar, al interpretar a un personaje como a un villano, la imagen que tenemos de nosotros mismos".

Y tal vez continuaría: "La sociedad nos hace aceptar solamente los aspectos positivos de nuestro ser, y no los negativos. Pero la actuación requiere abordar todas las emociones; en la escena, las emociones negativas y las positivas tienen igual valor. A final de cuentas, el talento del actor se mide por su capacidad para crear un momento significativo, lo cual requiere expresar la totalidad de lo que se siente. Y para ello, el actor necesita saber cómo se siente en todo momento, solo así podrá relajarse, escribir en la página en blanco y lidiar entonces con las emociones de su papel".

"A usted, a veces le gusta trabajar con no profesionales. Enséñelos a explorar. Que saquen las actuaciones de dentro de sí mismos. sin imitar a los grandes actores que admiran; eso solo los entorpece y les impide contribuir genuinamente a la obra, con algo de sí mismos. ¿Sus actores se estresan? ¡Esa es la prueba de su talento! Cualquier estímulo los afecta; son extremadamente sensibles; eso es oro, ¡y usted lo ha encontrado!"

Mi corazón está conectado a un arroyo seco, por donde ahora fluye humo negro. Es la necesidad de conocimiento, de amar a través del sentir de otro. Mis labios se secan con palabras que no encuentran escenario, y que ya no podrán beber: ni agua seca, ni tierra salada, ni gotas de lluvia que de pronto lleva, el río seco.

AVES EN EL CEREZO

OLGA DE LEÓN G.

La lluvia se evapora más rápido que el vuelo del pajarillo en celo que se niega a abandonar a su pajarita amada sobre la rama del cerezo en flor, y que la golondrina ha escogido para pasar el fin de semana: le encanta su dulce aroma y que sus alas queden impregnadas de él. Amor de pajarillos que envidiarían las mismísimas aves de Aristófanes, cuando en su obra "Las aves", buscan la paz en medio de un mundo de disputas y conflictos. Y, en un arranque de desesperación, a Aristófanes se le ocurre que el lugar ideal sería edificado en el viento, para estar por encima de los hombres y así dominarlos.

Huir de las ciudades, buscar la felicidad fuera de ellas es recurso político y literario de su autor para criticar la ambición y las guerras. Quien busca poder, así sea para hacer el bien, nunca estará exento de la calumnia ni del escarnio, instrumentos del mediocre que no lo alcanzó en la contienda abierta.

Algunos se guardan muy bien de tales males, como que sus aspiraciones jamás andan ni anduvieron por tales vías o veredas. Lo suyo fue amor al arte y entrega total a su labor dramática. A este grupo perteneció Julián Guajardo. A quien dedico hoy mis modestos prosa y verso.

POEMA

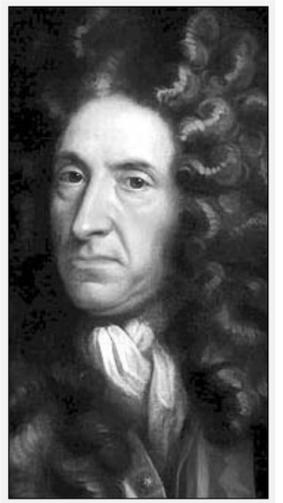
Mis ojos cansados de mirar hacia el norte,
miran ahora al sur, y el corazón salta.
Un viento helado recorre la ciudad,
viaja de lado a lado
como queriendo borrarlo todo.
La melodía que lleva en sus entrañas
tiene ritmo de tragedia helénica
y cadencia de drama francés.

Cuando muere un príncipe
o un ilustre ciudadano,
miles de almas se vuelven
rosas blancas y alcatraces que forman
una monumental y pristina valla
ante el difunto insigne.

Quién distinguir podría
cuándo cubrir las calles
de un blanco divino y celestial,
y cuándo dejar que así no sea.

Vida y obra hablan por los que se van.
He visto cortejos funestos
vestidos de festín y gloria falsos.
Y algunos de quienes pocos amaron:
Brillando sobre el firmamento
y el suelo que los vio nacer.
Río seco inundado de pétalos
que cual final divino,
recibirá en su lecho al modesto hijo.
Metrópolis y capitales: ¡todo devoran!
Mas la tierra árida,
la de los ríos secos,
guarda en sus entrañas secretos
de teatro, drama y comedia,
de quienes siempre austeros
prefirieron forjar escuela
y dejar ejemplo en el teatro
creativo y verdadero, de la vida eterna:

Descanse en paz, Guajardo Julián,
Maestro, actor y director.



Daniel Defoe

(Londres, 1660 - Moorfields, actual Reino Unido, 1731) Escritor inglés. Abandonó la carrera eclesiástica para dedicarse al comercio, primero en una empresa textil, hasta 1692, y luego en otra de ladrillos, actividades que propiciaron frecuentes viajes por Europa. En 1695 entró a formar parte del gobierno, y en 1701 obtuvo cierto éxito con El verdadero inglés, novela en la que atacaba los prejuicios nacionales en defensa de su admirado rey Guillermo III, de origen holandés.

Al año siguiente publicó el libelo El medio más eficaz para con los disidentes, siendo acusado de blasfemo, multado y condenado a una pena que finalmente no cumplió, aunque, al parecer, a cambio debió de trabajar para el gobierno como agente secreto bajo la protección de Robert Harley. Tras fracasar en sus negocios, trabajó como periodista para el progubernamental The Review.

En 1719 publicó su primera obra de ficción, Vida y extraordinarias y portentosas aventuras de Robinsón Crusoe de York, obra con la que obtuvo una gran popularidad, basada en parte en la historia real del marino Alexander Selkirk, abandonado en la isla de Más a Tierra (hoy Juan Fernández), en el Pacífico.

En 1722 publicó Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders, considerada la primera gran novela social de la literatura inglesa, centrada en la vida de una prostituta. Ese mismo año aparecieron El coronel Jack y Diario del año de la peste, prototipo del reportaje periodístico; durante mucho tiempo se creyó que no se trataba de una novela, sino de un verdadero diario. En 1727 publicó El perfecto comerciante inglés, y poco antes de morir un «manual» para evitar robos callejeros.

ad pédem literae

"Tienes que saber como aceptar el rechazo y como rechazar la aceptación"

Ray Bradbury

Letras de
buen humor

"El mejor matrimonio sería aquel que reuniese a una mujer ciega con un marido sordo."

Michel de Montaigne

Joana Bonet

Descongelación

Durante tres largos meses todo permaneció cerrado excepto los supermercados, por lo que empezamos a mirarlos de otra manera. No nos quedaba nada más, ni un café, un teatro o una peluquería que nos ayudaran a absorber la energía de los otros. Algunos acudíamos a diario al único espacio público que nos estaba permitido, aunque fuera solo para observar el color de las verduras y olfatear el aroma del pollo asado. Todo pasaba a formar parte de la anormalidad, excepto la cesta de la compra. La expresión "grandes superficies" resulta ampulosa y excesivamente técnica para definir un lugar tan orgánico, donde la idea de primera necesidad se condimenta con una pizca de curiosidad y otra de hallazgo. Nunca había contado con exactitud su número de pasillos, tampoco calibrado la altura de sus estanterías, inaccesibles para la estatura media de las mujeres españolas. El súper jamás ha gozado de un aura de prestigio pues su significado queda reducido a la mecánica doméstica,

pero su esencialidad, en plena epidemia, nos ha hecho replantearnos nuestra relación con esas cuatro paredes que nos alimentan.

¿Acaso no representan los supermercados un trazado secreto de anatomía humana? La visita promedio no dura más de 15 minutos, de los que solo utilizamos el 30% para seleccionar lo que vamos a comprar; el resto, igual que pasmarotes, lo dedicamos a una vagancia ineficaz. Muchos de ellos instalan en sus entradas una metáfora de su aparato respiratorio, con profusión de flores y plantas a fin de poner una nota verde clorofila que te da la bienvenida y te despide al salir. Al fondo, suelen ubicarse los estómagos -los segundos platos: carnes y aves, pescados, etc-; en el centro el hígado: bebidas, legumbres, frutas y verduras, mientras en un lateral reposan los órganos que hay que mantener en frío, en especial la cabeza. El cambio de temperatura te informa de las ventajas de lo fresco junto al enorme freezer que mantiene intactos



los lácteos y, a puerta cerrada y sobre hielo, los intestinos custodian todo aquello que pueda crujir sobre un mar de aceite hirviendo.

"Se nos ha quedado el corazón congelado", me dice una cajera de hombros cargados y dedos torcidos que recuenta la tensión acumulada tras haber observado

la crispación de muchos clientes, también el lacónico retraimiento que se ha instalado nuestra manera de volver a empezar. Aún no hemos conseguido deshacer el bloque de hielo que nos ha endurecido, y ya no sabemos si lo deshelará el rabioso sol de verano, o si se romperá en mil pequeños pedazos.